

Hacia el bosque

Joaquín Araújo

Todavía no están inventados todos los remedios. Todavía la plaga arrasará la principal trama de la vida con puntual contumacia. Todavía nos quedan muchos fuegos que apagar y muchas redundantes hipocresías que escuchar en boca de tantos y tantos que nunca estuvieron en cuerpo a cuerpo alguno con las llamas y que, como mucho, mandaron al jardinero que les plantara un magnolio o, a los que mandaron a otros, que llenaran algunas laderas con pinos o eucaliptos.

Pero, sobre todo, nos queda responder como la misma Naturaleza hace, cuando la dejamos por supuesto, cada vez que sobre sus construcciones se abate alguna de las formas de devastación.


Nos referimos a una respuesta en positivo. Sin descuidar, más bien todo lo contrario, la prevención y los medios de atacar a los fuegos lo que debemos pergeñar y poner en práctica es la generalización de los métodos de defensa pasiva. Como en cualquiera de los otros campos de lucha contra la degradación ambiental lo que mejor actúa como antídoto es que ahorremos, salvemos y conservemos. La diferente, abrumadoramente diferente, velocidad a la que se recuperan los montes con relación a la instantaneidad con que desaparecen aconseja que vayamos considerando como más eficaz y sobre todo eficiente la creación de una verdadera malla de cortafuegos bien diseñados y mejor ejecutados. Algo que impida, al menos, la quema de esas enormidades de territorio forestal que demasiadas veces se nos escapan para mucho tiempo.

La otra forma de proceder es la renovación. Si estamos en este mundo, si hay vida en el planeta es porque la capacidad de poner más de cada especie en el lugar que ocupaban sus antecesores siempre ha sido por lo menos equivalente a lo que desapa-

recía. Por supuesto que con todos los ritmos, fluctuaciones y no pocos casos de agotamiento. Pero el conjunto siempre medró y supo volver a empezar.

Ahora que necesitamos mucho más bosque y más bien nos sucede todo lo contrario, acaso sería bueno que el primer punto de las políticas forestales fuera el que todos los años se plantaran al menos tantos árboles como los quemados en el ejercicio anterior. Ya sabemos que es enorme la diferencia en prestaciones, servicios y utilidades entre un árbol de un año y otro que podía ser incluso centenario. Pero, cuando menos, nos compensaría el hecho de que somos capaces de reconstruir algo del sistema que en realidad es una de las columnas que sostienen al conjunto del planeta.

Otra de las actuaciones que brillan por su ausencia es la creación de arboledas lineales. O, cuando se trata de repoblar terrenos que ya la agricultura no necesita, de espaciar el marco de plantación. Al respecto contamos con que muchos cientos de miles de caminos y otras infraestructuras podrían ir jalonados de árboles prácticamente inmunes al fuego. Por cierto, allí caben muchos cientos de millones de pies que, además, pueden ser mejor atendidos que en las laderas de nuestros montes.

Con todo, y son treinta años repitiéndolo mientras que para los medios de comunicación el medio ambiente sólo sea materia destacada cuando se producen siniestros o cuando se pueden usar como arma política; nuestros paisajes, nuestro futuro, que siempre dependerá de los bosques, seguirán ardiendo. Porque lo que también verdaderamente abrasa a la vida – la de bomberos, corzos, pinos, aires y aguas – es que la Naturaleza, precisamente ella, sea el tema menor para los actualizadores de la realidad, cuando en realidad es el mayor. 



PRESENTACIÓN